

Universidad de Medellín

# Metamorfosis de la codicia\*

**Pierre Chédeville\*\***Traducción del francés al español  
de Jorge Márquez Valderrama\*\*\*

**Cada época tiene las codicias que merece. En lugar de incriminar un pretendido vicio de la eterna naturaleza humana, intentemos observar las vueltas y revueltas históricas de la codicia.**

La codicia guía el mundo. Es innegable que tiene su cuota de responsabilidad en la crisis que sufrimos desde hace cinco años. Aquí, marxistas y liberales de buena pinta rivalizan en venganzas contra ese pecado, que bien habría merecido volverse capital. Sin embargo, el origen de la llamada crisis de las *subprimes* (*Subprime mortgage crisis*) proviene de una decisión generosa de una administración norteamericana demócrata, que intentaba devolverles a los propios proletarios sus alojamientos<sup>1</sup>. De buenas intenciones está empedrado el infierno. Lo sabíamos. Así, nos parece muy azaroso lanzar un juicio moral definitivo sobre lo que se presenta como una casi invariante comportamental del hombre en sociedad. Ciertamente, una forma de indecencia ligada a un triunfo brillante se exhibe en todas las épocas. Pero ¿se puede negar que sus manifestaciones son finalmente extremadamente variadas, y que la relación entre Vaux-le-Vicomte y el yate vulgar de un millonario ruso, aunque frutos de una común voluntad de brillar, se sostiene?

El primer ambicioso seguramente creó el largo linaje de los primeros de la clase deseosa de probar a sus pequeños camaradas que Dios los había elegido

\* Tomado de *Médium, transmettre pour innover*. N.º 36, juillet-aout, 2013. 179-189. Traducción en Medellín, 1 de agosto de 2015.

\*\* Pierre Chédeville tiene una doble formación en gestión y en literatura. Presente en el mundo de la empresa donde es especialista del dominio bancario, no ha dejado, sin embargo, de cuestionar los grandes textos para intentar esclarecer de manera adelantada el mundo contemporáneo.

\*\*\* Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia, para el seminario "Medios, realidad y representación en democracia"). Correo electrónico: [jmarquez@unal.edu.co](mailto:jmarquez@unal.edu.co)

<sup>1</sup> Alguien notará que el título del libro de Joseph Stiglitz, donde relata las causas de la crisis de 2008, *Freefall-America, Free market, and the Sinking of the world Economy*, fue traducido al francés (enero de 2010), *Le Triomphe de la cupidité*. Es por lo menos lo que se puede llamar una traducción libre para un libro esencialmente técnico...

para su buena fortuna. Desde entonces, la figura del ambicioso en el espíritu popular dibuja un amplio espectro. Se encontrarán ahí mezclados un primitivo cuidadoso de adquirir la mayor cantidad de mujeres para reforzar su clan, un cortesano fin de siglo empujando a los campesinos hacia la hambruna por algunas partidas de tric-trac, o un capitalista financiero sin escrúpulos. Pero se encontrarán también constructores, visionarios que, de Colbert a Getty, pasando por los Médici y los Guggenheim, han modelado naciones y promovido ampliamente las artes. En resumen, la figura del ambicioso, a pesar de una forma de intemporalidad, evoluciona. En el fondo, ni buena ni mala, la manera como es percibida, y quizá más aún como es vivida, advierte sobre rupturas en curso en la relación del individuo con el cuerpo social, en un momento dado. En eso, la codicia en su versión moderna puede inquietar.

Como sobre la nariz de Cyrano, habría, en suma, muchas cosas que decir sobre la codicia. Todos los cuerpos de oficio del espíritu humano se han atribuido fuerte gozo para definir o calificar ese muy villano defecto o esa cualidad necesaria. Algunas rápidas ilustraciones darán testimonio de esta profusión dialéctica. Por el lado de la filosofía, la codicia opone Rousseau y Voltaire. El primero, que se inclinaba por el buen salvaje, veía en ella la fuente de todos los males, corruptora de las sociedades civilizadas; ese deseo excesivo por las riquezas pervirtiendo las almas y carcomiendo las bases de un vivir juntos. En el origen de la ineluctable putrefacción de las naciones y de los imperios, a través de la historia pasada, la propiedad, motor de la codicia, estimula los bajos instintos del hombre naturalmente bueno y conduce al hundimiento general. Para Voltaire, la atracción por el lujo, sinónimo de codicia, engendra el progreso y permite finalmente el mejoramiento general. Desde entonces, el etnólogo ha propuesto una solución a esa “querrela del lujo” y ha demostrado ampliamente que la codicia, presente en numerosas sociedades primitivas, ha engendrado a menudo en ellas el progreso técnico y la agricultura, enviando así la ideología rousseauiana a la bodega. Lejos de un “comunismo primitivo”, idealizado y generalizado, la invención de la riqueza se remontaría, de hecho, al Neolítico<sup>2</sup>.

Con pocas diferencias, encontramos esa oposición en el dominio de la economía. Para Marx, la codicia ciega del capitalismo lleva a la sociedad a la quiebra y a la guerra por la vía de la baja tendenciosa de la tasa de ganancia. Abolir la propiedad conducirá inevitablemente a erradicar la codicia y el egoísmo y a instaurar por fin el reino de la igualdad entre los hombres. Se han visto los deleites a los cuales condujo la realización de esa doctrina de vida particularmente dura. Sin embargo, qué importa el fracaso desde que se consiga la ebriedad... En Smith, por el contrario, “la codicia de cada quien, al obligarlo al trabajo, crea el bienestar general”. Ella arma el brazo de esa mano invisible que codifica los

<sup>2</sup> Véase: Alain Testart. *Avant l'histoire : l'évolution des sociétés, de Lascaux à Carnac*. Paris : Gallimard, 2012.

intereses particulares sobre los de la comunidad. Aquí, el capitalismo anglosajón funda su moral, la de la eficacia, sobre la codicia: "*greed is good*", como lo proclamaba el famoso *raider* Gordon Gekko en la película de Oliver Stone, *Wall Street*. Ahora bien, las infamias de los mercados financieros, que ningún capitalista, incluso de muy mala fe, soñaría con negar, recuerdan que así como los muros de Berlín, los del dinero terminan también por caer.

En otro registro completamente diferente, el psicoanalista indagará en la codicia y en la neurosis de la acumulación una forma de sublimación de una libido mal regulada. Por analogía a la poética nietzscheana, la codicia, forma de excrecencia del deseo y de la voluntad de poder, se inclinaría del lado de Dionisos más bien que del razonable Apolo, eterno aguafiestas de pasiones tristes: ¡el ambicioso, símbolo de la Vida rechazando los límites, por oposición al hombre del resentimiento, viviendo oculto y, amargamente, en su cueva! Y los escritores, cuyo oficio no es juzgar, ¿no han dado vida a grandes personajes cuyo poder y expresividad residen precisamente en su codicia? De Harpagon a Rastignac, de Georges Duroy a los miembros de la familia Rougon, ninguna duda hay que su sangre, así fuera mala, circula más que en otra parte. La codicia figura allí con frecuencia como una respuesta radical del pastor solitario a la pastora comunitaria, y favorece la emergencia de personajes singulares y subidos de tono.

El teólogo no se queda atrás. Especialista de los guisotes sabios, entre el eros y el ágape, el amor por Dios que eleva al Hombre y el amor por el Hombre que rebaja a Dios, convendrá con fatalidad o indulgencia en el impulso erótico de la codicia. El codicioso quiere tutear a las estrellas y sentarse en la mesa de los dioses. Por mucho que le aproveche, terminará en el fondo del mar o en el infierno: *vanitas, vanitatis* y el buen pueblo vengado. Pero, entre tanto, ¡habrá cumplido grandes cosas! Así, si los padres de la Iglesia no hubieran tenido ese genio escolástico de mezclar al ágape paulino un poco de ese eros griego de donde han salido nuestras catedrales, sin duda, los paisajes europeos hubieran tenido otro aspecto. A ese respecto, se recordará que Cristo mismo jamás fustigó la riqueza en sí misma; esas cuestiones no tienen que ver con su reino. Solamente el egoísmo y la ausencia de caridad del rico son vapuleados. Ahora bien, codicia y generosidad crean a veces extraños lazos, como en el caso de esos millonarios norteamericanos decididos a distribuir lo esencial de una fortuna adquirida, muchas veces, por medios *borderline* desde el punto de vista ético. Las vías del Señor son, a veces, impenetrables y nos divertiremos viendo eminentes representantes de la ética protestante hacer suya una divisa muy franciscana: "Gobernar la realidad sin apropiársela".

Por último, el historiador, quien escruta las naciones y las civilizaciones para descubrir sus génesis y sus mecanismos, revelará el carácter nacional de la

codicia. El ambicioso italiano no es el ambicioso inglés, francés o español. Sus impulsos son diferentes, y las manifestaciones de su avidez, variadas. Habiendo hecho camino con *Découverte de l'archipel*, de Élie Faure, se verá en la codicia del italiano la esencia de su individualismo furioso y la sumisión a pasiones dominantes. La vanidad sola y el deseo de gloria motivan al ambicioso francés, pero el miedo al ridículo, el gusto por la medida y por la sociabilidad aprietan su afección por la apariencia en los límites de lo razonable. En España, el "culto del oro", como el de la sangre, balancea el gusto por la muerte y el ascetismo, en lo que ellos presentan de místico y fanático en ese "pueblo de curas y soldados". De hecho, el conquistador sigue siendo un producto de exportación, pues sobre su suelo desértico nada se impone al español, que no ve "a nadie por encima del rey"; entonces ¿para qué correr detrás de los honores y las riquezas? Finalmente, el pueblo inglés, el menos metafísico del mundo, funda su existencia en sus aspiraciones materiales y prácticas, animadas por una moral empírica. Aquí, la codicia, reflejo "natural" del interés personal, favorece la emergencia del bien común mientras salvaguarda la especie. Desde entonces, se despliega con una brutalidad, un egoísmo y una indiferencia radical a la pobreza, muy bien descritos en las novelas inglesas del siglo XIX.

La codicia no sería entonces asunto de moral sino más bien de sensibilidad, de dosis y de uso. Aquí, el maniqueísmo obtuso, con visos angélicos o cínicos, solo conduce a reprobaciones o a elogios estériles; allá, cierto pragmatismo y el reconocimiento de un hecho etnológico, al mismo tiempo que cultural, obligan a hacer de un mal un bien, contra mal corazón buena fortuna. Digámoslo claramente: la codicia, motor o enterrador de las naciones, tiene que ver al fin de cuentas con una querrela teórica anticuada francamente trivial. La codicia adopta en cada época y en cada lugar matices nuevos, reveladores de una serie de rupturas en obra en la sociedad, que conviene esbozar ahora para nuestra época.

Las riquezas procuradas por la codicia permiten desde siempre adquirir independencia, libertad, influencia, poder, mujeres, tierra... La codicia participa en el nacimiento del individuo en el clan, el grupo, la sociedad. Tiene que ver con la política, con la socialización y la creación del Estado. Desde entonces, cuando esa codicia se vacía, patina, se infla, el conjunto del edificio social amenaza con derrumbarse. Así, fácilmente se puede mostrar su implicación en la caída de Roma o en la del Antiguo Régimen, por quedarnos solamente en los dos grandes ejemplos del continente europeo en materia de crisis y decadencia. El Imperio romano encarna bien la grandeza y la decadencia de la codicia. Ella fue el impulso de un expansionismo civilizador incontestable, pero también fue la causa de su pérdida. Se sabe que los patricios del bajo Imperio arruinaron las provincias romanas para cumplir un *cursus honorum*, desviado por el sis-

tema de los juegos. Ese *cursus honorum*, por sus derivas, condujo al patriciado romano a explotar sin vergüenza las provincias exangües, para atribuirse los favores de una clientela plebeya (*panem et circenses*) y mantener un tren de vida de fastuosidad inverosímil. Roma se convirtió en objeto de odio, como ayer le ocurrió a Versalles y su corte, que cedieron igualmente a la pasión por el juego y la vida cortesana, dejando a un lado su tierra y sus súbditos. Al fin de cuentas, la codicia desviada y sin límites asestó el golpe de gracia a sistemas políticos ya fatigados y permitió la lenta eclosión de la civilización cristiana y de la Republica moderna. Sin embargo, si de un mal a veces puede surgir un bien, las revoluciones comunistas y fascistas mostraron que el odio hacia la aristocracia o hacia el burgués liberal no desembocaba forzosamente en una renovación de la civilización, sino más bien en su aniquilamiento. Recomendaremos entonces un mínimo de prudencia cuando se trate de fustigar a los ricos, incluso cuando superan los límites! En efecto, si la codicia exacerbada provoca en ciertos períodos de la historia un resentimiento generalizado, se constata que “el odio hacia el rico” va de la mano, a veces peligrosamente, del odio hacia el individuo. La época contemporánea, que ve por todas partes aumentar los comunitarismos y la histeria anti-individualista de todo tinte político, muestra, desde ese punto de vista, signos precursores con sabor bastante inquietante. Sin embargo, comparación no es razón, y nos guardaremos bien de ver en cada rincón de calle un aprendiz estaliniano o hitleriano agazapado en la sombra. De todas maneras, un fuerte golpe holista amenaza con atrapar a Occidente, si no hacemos bajar un poco la fiebre.

Ahora bien, toda la dificultad reside en la hipocresía contemporánea que ve a un consumismo desbordado darse buena conciencia y cierta eficacia de paso, al promover una ideología uniformadora y que rechaza todo tipo de jerarquía o de diferencia entre los seres: en resumen, una especie de generalización de un hombre sin atributos, o más exactamente de un hombre que quiere poseerlos todos. Esa especie de utopía mercantilista, de un “comunismo mediante el consumo masivo”, no llega solamente a engendrar múltiples y peligrosas frustraciones cuando se enfrenta a lo real, sino que también crea, más profundamente, un estado permanente de esquizofrenia en el seno de la sociedad. De hecho, el egoísmo radical inducido por una satisfacción de deseos infinitos, reforzado cada día por una logorrea libertaria, inconsecuente e infantilizadora, puede hacer buena alianza duradera con los buenos sentimientos de solidaridad universal, que se supone constituyen a la hora actual la guía del mundo. Así, si el consumismo extendido a todas las clases sociales ha relegado la lucha de clases a los olvidos de la historia, él pone otra vez de moda la famosa fórmula de Hobbes: en su búsqueda desesperada del objeto de consumo, su cara a cara autista con sus propios deseos, que ya no logran amainar ni trascendencia (anteayer) ni estructura social ni cuerpo intermediario (ayer), el hombre vuelve a

ser un lobo para el hombre. Esto no disgusta a los turiferarios de ese imperio del Bien denunciado por Philippe Muray, quienes intentan en vano enmascarnos esa dura realidad mediante mentiras suavizantes. Aquí, la codicia honrada en superficie por las buenas almas oculta difícilmente que ella, desde hace mucho tiempo, ha ganado el conjunto del cuerpo social occidental, drogado con *gadgets* tecnológicos, con las promociones turísticas y con los placeres vulgares. El héroe de las novelas modernas dibuja de ahora en adelante un codicioso a pequeña escala, cortoplacista, nihilista y triste. El contrasentido y la hipocresía actual consisten entonces en creer, o en fingir creer, que la crisis revela una aversión profunda por los excesos ligados a la codicia: si ese fuera el caso, estaríamos quizá frente a una buena noticia, pero idesafortunadamente no es nada de eso! Esta crisis, por el contrario, solo revela, finalmente, una indignación resignada y muy temperada en el seno de los pueblos, con respecto a su amplitud sin precedente desde la última guerra. Las capas llamadas populares, ayer levadura de los sueños de *Le Grand Soir*<sup>3</sup>, intentan de ahora en adelante, mediante el rebusque, gestionar lo mejor posible la carencia creada por una baja coercitiva del consumo, y esperan pacientemente el retorno de la prosperidad, para retomar el camino de los centros comerciales. La austeridad, virtud que se ha convertido en palabra grosera figurando en el reverso de la codicia, también es honrada, así como los esfuerzos que van con ella. Ironía de nuestro tiempo en el cual los valores fueron invertidos: la gran codicia de algunos ya no hace receta a la escala revolucionaria: es de ahora en adelante la pequeña codicia de todos la que domina el baile.

Los pobres en Occidente se aceptaban como tales todavía hasta hace poco. Disturbios y revueltas se parecían más a amotinamientos del hambre que a reivindicaciones o a protestas igualitarias. Las revoluciones que han sacudido a Europa modificaron esa distribución y conducen progresivamente a la instalación de regímenes sociales muy protectores que han difundido esa idea loca según la cual el Paraíso se gana sobre la tierra. De hecho, gústeles o no a las almas sensibles, ya no hay verdaderos pobres en Occidente, en el sentido en el que eso se entendía antes o como existen todavía por centenas de millones en el Hemisferio Sur. El derrumbamiento del modelo solidario europeo fundado en la deuda más que en el trabajo –deriva política inexorable de la inclinación “festivista” que impone lo social a lo económico, el principio del placer al principio de realidad–, llevará a la verdadera miseria a Europa, a la de los pordioseros y de los siervos, de los intocables indios, de los hambreados de África. La codicia se inclinará del lado de las hordas de pobres puestas al rojo vivo por

<sup>3</sup> “Le Grand Soir” es una noción que define en francés una ruptura revolucionaria, en la cual todo es posible. Esta noción ha sido compartida por comunistas, marxistas y anarquistas. Designa el derrocamiento del poder establecido y la instauración de una sociedad nueva. Parece que su uso data de finales del siglo XIX, cuando las revueltas obreras en Francia. (t.)

una civilización del consumo ostentoso, pero sobre todo, más terrible aún, del consumo adictivo, que solo se afana por los excesos. ¿Inexorable fin, inevitable caída hacia una barbarie anárquica? No, pues Occidente tiene otros impulsos y otras reservas... de espiritualidad. El cristianismo europeo, menos brutal y más obsesionado de predestinación que el norteamericano, detenta sin duda a este respecto mejores armas para gestionar esos problemas por venir. Su corpus sólidamente articulado en materia de responsabilidad individual y colectiva, su *track record* en materia de gestión de la pobreza, a pesar de medio siglo de desgaste por la vulgata marxista, podrían todavía rendir algunos menudos servicios. Mediante la elección de un Francisco en el papado, la Iglesia usa recursos que sería lamentable despreciar sin examinarlos. No es nunca demasiado tarde para hacer el bien.